

COLECCIÓN TRÉBOL

53

POESIAS

DE

Estanislao del Campo



Editorial ABC - Zelada 5366 - Bs. As.
INDUSTRIA ARGENTINA

115216871
1015333530

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA



2 202000 311669

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

T.S.-6086

ESTANISLAO DEL CAMPO

Nació en Buenos Aires en 1834,
muerto en 1880.

Su poema «Fausto» le ha dado
gran celebridad en toda Hispano-
américa.

EL DESTINO DE UNA FLOR

Al compas de este instrumento,
de sonidos lastimeros,
van a escuchar, caballeros,
de un gaucho triste lamento;
que un profundo sentimiento
en mi pecho hizo su nido,
y siempre suelta un quejido,
y algunas gotas de llanto
cuando quiere alzar su canto
mi corazón dolorido.

Vide una vez una flor,
¡más bien nunca la mirara

que hoy día no me quejara
traspasado de dolor!
era un saunerio de olor
que con delicia gocé:
mariposa que a ella jué
nunca ofendió su cogollo,
y hasta yo, Anastasio el Pollo
con veneración la amé

Del jardinero. el rigor,
llegó hasta privarme, al fin,
el que dentriase al jardin
a mirar la linda flor:
a pesar de eso, mi amor
cada vez iba en aumento,
y aquel tierno sentimiento

vino a ser después la llama
que hasta hoy el pecho me
(inflama
siendo mi negro tormento.

Como me hostigaran tanto,
y me cerraran la puerta,
por la reja de la güerta
veia a la flor de mi encanto:
dispenseu si suelto el llanto
al acabar mi canción:
pues que en mi contemplación
vide un día doloroso,
que un gusano venenoso
la mordió en el corazón.

GOBIERNO GAUCHO

A la salud del aparcerero
Hilación Medrano

Tomé en casa el otro día
tan soberano peludo,
que hasta hoy, caballeros, dudo
si ando *mamao* todavía.
Calculen cómo sería
la mamada que agarré,
que, sin más, me figuré
que yo era el mismo Gobierno
y más leyes que un infierno
con la tranca decreté.

Gomitao y trompezando,
del fogón pasé a la sala,
con un garrote de tala
que era mi bastón de mando;
y medio tartamudiando,
a causa del aguardiente,
y con el pelo en la frente,
los ojos medio vidriosos,
y con los labios habosos,
hablé del tenor siguiente:

«Paisanos: dende esta fecha
el contingente concluyo;
cuide cada uno lo suyo
que es la cosa más derecha.
No abandone su cosecha
el gaucho que haiga sembrao:

deje que el que es hacendao
cuide las vacas que tiene,
que él es a quien le conviene
asigurar su ganao.

«Vaya largando terreno,
sin mosquiar, el ricachón,
capaz de puto mamón
de mamar hasta con freno;
pues no me parece güeno,
sino que por el contrario,
es injusto y arbitrario
que tenga media campaña,
sólo porque tuvo maña
para hacerse arrendatario.

«Si el pasto nace en el suelo
es porque Dios lo ordenó,

que para eso agua les dió
a los nublados del cielo,
dejen pues que al caramelo
le linquemos todos el diente
y no andemos, tristemente,
sin tener eu donde arinar
un rancho, para sestiar
cuando pica el sol ardiente.»

«Mando que dende este istante
lo casen a uno de balde;
que envaine el corvo el alcalde
y su lista el comendante;
que no sea atropellante
el juez de paz del partido;
que a aquel que lo hallen bebi-
porque así le dió la gana, (do,

no le meneen *catana*
que al fin está divertido.»

«Mando, hoy que soy *sueselen-*
que el que quiera ser *pulpero*(*cia*
se ha de confesar primero
para que tenga concencia,
porque es cierto, a la evidencia,
que hoy *naides* tiene confianza
ni en medida ni en balanza,
pues todo venden *mermao*,
y cuando no es vino *aguao*,
es *yerba* con *mescolanza*.»

«*Naidés* tiene que pedir
pase, para otro partido;
pues libre el hombre ha nacido

y ande quiera puede dir,
Y si es razón permitir
que el pueblero vaya y venga,
justo es que el gaucho no tenga
que dar cuenta a dónde va,
sino que con libertad
vaya a donde le convenga.»

¿A ver si hay una persona
de las que me han escuchao
que diga que he gobernao
sin acierto con la *mona*?
Saquemén una caçona,
de mi mesmísimo cuero,
si no haría un verdadero
gobierno, Anastasio el Pollo,

que hasta *mamao* es un criollo
más servicial que un yesquero.

Si no me hubiere empinao
como me suelo empinar
la limeta, hasta acabar,
lindo la habría acertao;
pues lo que hubiera quedao
lo mando, como un favor,
al mesmo gobernador
que nos manda en lo presente,
a ver si con mi aguardiente
nos gobernaba mejor.

CANTARES

Cuando yo tomo la pluma
y saco a luz mi cuaderno,
hagan de cuenta que agarro
mi guitarra por el cuello.

Para ver si soy poeta
fíjate, niña, tan sólo
en que lloro cuando canto
y en que canto cuando lloro.

Yo mojo en llanto mi pluma;
sarcasmo de hado funesto
que siendo mi alma tan blanca
me ha de servir de tinterol

En tu casa me aborrecen
sin más que porque te quiero:
es decir, que si te odiara
me querrían con extremo.

Dicen que soy horroroso:
por la lisonja, mil gracias;
mira tú mi corazón
y prescinde de mi cara.

Las cicatrices del rostro
poco me importan, o nada;
las que me importan, y mucho,
son las que tengo en el alma.

Se me figura que son
tus lindos ojos, morena,

dos lagunas de azabache
en que la luna riela.

¿Qué tienen, niña, tus labios,
que cada vez que los miro
siento, con sorpresa grande,
que se me estiran los míos?

Mira: si fuera pastor
y si tú, pastora fueras,
me parece que andarían
mezcladas nuestras ovejas.

Cuando te veo, cavilo
en el contraste tremendo
que hace tu vestido blanco
con tu corazón tan negro.

Es tu ventana un altar,
Una deidad tu persona,
Mi amor un ardiente culto,
¿Podré contar con la Gloria?

Me enviaste un día una cruz
Y desde entonces me digo:
—¿Significará esto Fe
O querrá decir Martirio?—

Ella vino en un pañuelo
De Cambray de hilo bordado;
¡ay, Lucila! ¡cuántas veces
enjugué con él mi llanto!

CARTA DE VENTOSA SARJADA

Enderezada nada menos que a
su amigo don Bartolomé Mitre,
presidente de la República.

Ya van tres o cuatro días
que me anda por la mollera
el pensamiento atrevido
de enderezarle unas letras.
Por un lado me tentaba
a acometer tal empresa,
el deseo de ofrecerle
alguna que otra advertencia,
que puede servirle de algo
al que tan alto se encuentra,
que es fácil que algunas cosas

que están abajo no vea.
Por otro lado, es tan duro
el tratar con *Excelencias*
al que no fué palaciego
ni entiende de ello una letra,
Que al ir a mojar la pluma
desistía de la idea.
pero ¡qué diablos! si somos
en esta bendita tierra,
republicanos «a macho»
y demócratas «de veras,»
sin andar con cortesías,
ni con mucha francachela
«porque al fin la democracia»
no quiere decir «licencia»
(perdóneme estos apartes

porque son mi maña vieja),
voy a escribirle unas líneas,
sí, señor, a Vucelencia,
aunque las eche al carnero
sin pasar ojo por ellas.
Pero este «introito» ya es largo,
vamos entrando en materia.

Mire, señor don Bartolo,
aunque no sea modestia,
yo soy un buen ciudadano,
un patriota de esta tierra,
capaz de hacerme romper
la crisma por defenderla
de bellacos, de ladrones,
y de tantos sinvergüenzas,

que aunque hablan mucho de
sólo piensan en talegas.(patria
Yo soy Ventosa Sarjada,
el sin pelos en la lengua,
el que canta la cartilla
sin andar con muchas vueltas,
sea que hable con un triste
más pobre que una corneja,
o tenga en frente un alegre
con más plata que Anchorena,
o se le ponga delante
una coronada testa.

A bien que ya me conoce
desde ha tiempo Vuecelencia,
que al fin el pobre Ventosa
es su amigo de otra época.

Pero ¡qué diablos! há rato
que quiero entrar en materia,
pero ni Cristo la pára
cuando empieza a andar mi
engua.

pues, señor, basta de prólogo,
vamos a lo que interesa.

Mire señor don Bartolo,
yo le aseguro por ésta
que en la marcha que usted
(sigue
hay cosas que que no son bue-
(nas.

Y cargue el diablo conmigo,
rómpame una o las dos piernas
y háganme leer el Mercurio,

si la intención que me lleva
a enderezarle esta epístola
no es la intención mas sincera
Usted señor don Bartolo,
no debe andar con tonterias,
creyendo que pretendemos
darle un tumbo de cabeza,
los que no batimos palmas
por cuanto hace Vuecelencia.
Ninguno piensa en tal tumbo,
nadie su ruina proyecta,
ni hay tal vuelta de carnero
ni cosa que se parezca.
¿Qué diablos, ni qué botijas,
ganamos en las revueltas
los muchachos que anhelamos
sólo el bien de nuestra tierra?

¿qué bien nos traen las triful-
(cas?
¿plantarnos la cartuchera,
el kepí, plan, rataplán
media vuelta a la derecha,
paso redoblado, marchen,
batallón, guía a la izquierda?
y juguémosle alpargatas,
y andemos ochenta leguas,
y forme al toque de diana
con escarcha y con estrellas,
pase lista, toque parte,
y ejercicio y academia,
y ¿a quién le toca la guardia?
y ¿quién va de centinela?
y que hav que ir a la carneada
y mantengase uno a oveja,

y que a la caramañola
está lo mismo que yesca
y que el capitán del campo
y que la carpa se anega,
y que sopla un viento fuerte,
y que a las nubes se vuela
que ajústenle las estacas,
que alcáncenme la maceta,
y que se moja la ropa
y que se acabó la yerba,
y que a diez ni veinte cuadras
hay charamusca ni leña,
y que si faltó a la línea
plantón de semana y media,
y que están echando golpes,
y que ya tocan retreta,
y que tocaron silencio,

y que apague usted la vela:
que no vie; e el comisario
y que ya estamos a treinta,
y que vino el enemigo,
y dele bala en Cepeda,
y juéguele retirada
a pata y catorce leguas,
y venga uno a Buenos Aires,
y hágale una manganeta
a don Valentín Alsina,
y así se acaba la guerra.
Y que suba Llavallol
porque ayuna en la cuaresma
y que venga Urquiza y Derqui
para que el pueblo los vea,
déle abrazos, déle besos,

¡Municipales! ¡alerta!
que Urquiza viene al balcón
que después va a ir a la mesa,
que hay brindis, que hay Was-
(hingtones,
que hay formaciones y fiestas,
que la quinta de Lezama
desde temprano está llena,
y que después hay Pavón,
y que el demonio nos lleva,
y marche usted a la campaña,
conforme marchó Cepeda,
y eche al hombro la mochila
y «¡Adiós. que Ud. se divierta!»
y que quedó la familia
con una triste libreta
que entre picos y azadones...

¡cállate, cállate lengual
Y que después de todo esto,
cuando uno ya está de vuelta,
no tenga más opinión
que la que imponerle quiera
esa turba de adulones
que al lado de Vuecelencia,
mientras mendigan empleos
le bailan la zamacueca,
que habrá usted bailado en Chi-
en época más adversa (le
y que si llega algún día
la fortuna a darse vuelta,
como trataron a Alsina
tratarán a Vuecelencia,
pegándole un puntapié
v echándolo a esa cisterna

que llaman vida privada
y a que cultive una huerta,
o echando sobre su nombre
todo el barro de sus lenguas,
dirán muy tanquilamente,
hablando de Vucelencia:

—!No sirvió para la paz,
ni sirvió para la guerra!

Sin ver que gracias a Mitre
rellenaron sus talegas.

los mismos que siempre odia-
a la juventud severa, (ron

a quien proclamó en la plaza
no hace mucho Vucelencia

diciendo: —¡Triple corona
circunda vuestra cabeza!—

Recordándoles tres glorias

¡Septiembre, Sitio y Cepeda!
Para llevarla a Pavón
adonde marchó contenta.
Pero ¡qué diablo! al momento
me exalto de tal manera,
que el entusiasmo me sube
en tropel a la cabeza,
y hace que esta carta saiga
agridulce y jocoseria.
Vamos despacio, Ventosa
¿dónde vas tan de carrera?
Pero el diablo que la pare
cuando empieza a hablar mi
(lengua.

En fin, señor don Bartolo,
no vaya a tener la creencia
de que nosotros queremos

que se lleve la pateta.
Le he dicho que nadie quiere
darle un tumbo de cabeza,
que ni hay vuelta de carnero
ni cosa que se parezca.
Que si esto le dicen mienten
todos esos sanguijuelas.
que lo adulan y lo engañan
y lo aturden y marean.
Lo que nosotros queremos,
se lo diré a Vuecelencia,
pues ya le he dicho que nunca
tuve pelos en la lengua.
por una parte, deseamos
que siga en su presidencia
sin bullas, sin alborotos
sin Pavones, sin Cepedas.

Peo por otro también
queremos de todas veras,
que haya un Congreso decente
y no un congresito oveja,
que en lugar de dictar leyes
que hagan el bien de esta tierra
se ocupe de pagar robos
denominándolos deudas.

También se nos da la gana
de combatir esa idea,
que no sé cómo demonios
se le metió en la cabeza,
de federalizar toda
nuestra gran provincia entera.
También queremos, señor,
tener nuestra lengua suelta
para dar nuestra opinión

cada vez que nos convenga,
sin que la prensa adulona,
ni tampoco Vuecelencia,
nos tenga por enemigos
de nuestra querida tierra,
por quien daremos mil veces
la sangre de nuestras venas.
Queremos, general Mitre,
y lo queremos de veras,
que haga venir a Paunero
y deje a Córdoba quieta
con sus mil gobernadores,
sus enredos y sus letras;
no diga que los porteños,
porque tienen bayonetas,
van a ganar elecciones

a cien leguas de su tierra.
Queremos que a Buenos Aires
se le tenga siempre en cuenta
los servicios que ha prestado
a la República entera.
Que no le nombren tutores
porque ya la niña es vieja,
y sus altos intereses
nadie entiende mejor que ella,
que sabe lo que es la paz,
y sabe lo que es la guerra,
y lo que son emisiones,
y lo que es papel moneda,
pues ya tiene algunas canas,
medio siglo de experiencia,
un poco de justo orgullo,
y, en fin, etcétera, etcétera.

A qué extenderme en apuntes
que llenarán una resma?
Queremos, por fin, señor,
que ni por los diablos crea
que andamos viendo de darle
algún tumbo de cabeza.
Nada, señor presidente,
a esas cosas no dé oreja;
no hay tal vuelta de carnero
ni cosa que se parezca.

2

Faro que luces en la niebla densa
que el mar envuelve de mi triste
[vida,
puerto anhelado que mi nave busca
del oleaje violento sacudida.

¡Ay!... Yo no tengo de los bardos
(celtas
el arpa dulce de las cuerdas de oro,
y sólo puedo de mi lira tosca
arrancar este acento: ¡Yo te adoro!

FLORES DEL TIEMPO Y FLORES DEL ALMA

Riega, hermosa, tus flores!
¡Cuánta dicha
al abrir su capullo les espera!
El rostro de tan bella jardi-
nera
por primer sol tendrán
¡Riega, riega tus flores! Tana-
bién ellas,
su destino feliz adivinando,
por romper el botón están
pugnando
con amoroso afán.

No anhelan, no, las chispas
del rocío
que derrama en las flores la
alborada,
ni tampoco la brisa perfuma-
que vaga a la oración. [da
Ellos esperan elevar su e-
sencia
desde tu seno a tu torneado
cuello,
o deshojadas caer de tu ca-
bello
sobre tu corazón.

¡Riega, riega tus flores, vir-
gen pura,
la de los negros, rutilantes
ojos, 44

la de los castos vívidos son-
rojos,
la de morena tez!
¡Riega, riega tus flores, hada
hermosa,
mi sueño trunco, mi perdido
cielol
Yo riego con el llanto de mi
duelo
mis flores a mi vez.

Ellas nacieron en el alma mía
al calor de tu mágica mirada;
fué su destino la borrasca
airada,
¡el cierzo y nada más!
No en gajos verdes ni en lo-
zano tallo

se ostentarán sus hojas pur-
purinas;
su tronco erizarán duras es-
pinas,
por siempre y por jamás.



LA CITA

Era de noche: cándidas flo-
tantes,
las nubes discurrían por los
cielos,
salpicadas de estrellas, como
velos
bordados de topacios y dia-
mantes.

Los rayos de la luna, fulgu-
rantes,
plateaban las lagunas y arro-
yuelos
que entre pliegues de verdes
terciopelos

movían sus caudales mur-
murantes.

Cru. é el jardín con paso cau-
teloso
hollando margaritas, que un
quejido
exhalaban heridas en su tallo;
Distinguí su vestido vapo-
roso,
me acerqué, me abrazó, lan-
zó un gemido
porque al besarla yo.. le pi-
sé un callo.

C L A R A

En descubierto, espléndido
carruaje,
tirado por caballos que en-
vidiara
para su carro Apolo, iba mi
Clara
entre nubes de tul y rico en-
caje.

Parecía una estrella entre un
celaje,
un lirio que el rocío abri-
llantara,
una Venus, que, núbil, levan-
tara 49

su divina cabeza entre el
oleaje.

No tan raudo corrió como su
coche

el tiempo matador!.. Fué al
fin la noche:

volé de ese astro a deslum-
brarme al brillo,

Llegué a su elegantísima mo-
rada,

corrí a su alcoba, y víla que
agitada ..

se lavaba los pies en un le-
brillo.

EL TALAMÖ

¡Ven, Alina querida, ven sul-
tana,
la de los dulces ojos azulados,
la de cabellos crespos y do-
rados,
la de boca de perlas y de
grana!

¡Ven, de mi alma la sola so-
berana,
imán de mis desvelos y cui-
dados,
que entre tus brazos blancos
y torneados
quiero aguardar la luz de la
mañana!

A M O R

¡Ella vendrá por fin! Mi ardiente anhelo
el premio alcanzará tan suspirado! ..

Pronto en sus brazos rasgaré embriagado
de enemigo pudor espeso el velo.

¡Oh! ¡Cuánto tarda en enlustrarse el cielo!

Esperar, es vivir desesperado.
Parece que ese horario está clavado...

¡Oh! ¡Cuán lento es del tiempo el tardío vuelo!

Mas . ¡ya la hora sonó! ¿Por qué mi Irene;
el ángel celestial de mis amores,
no llega ya? ¿La esperaré yo en vano?

Pero... a la puerta llaman...
ella viene...

¡Sí! ¡Ya siento el perfume de sus flores!

¡Maldición!... Es.. don Hilarión Medrano!

BARCAROLA

La vida humana es un lago
en que el hombre es gondole-
sin más norte y derrotero (ro
que el que su hado le marcó:
el verde esquife que guía,
en borrascas o en bonanza,
es la ambición, la esperanza
que en su pecho germinó.

¡Vedle bogar! Ved cual deja
un rastro hirviente de espuma
como una rizada pluma
que de algún cisne cayó.
Y son las horas que vive,

el tiempo que raudo vuela,
esa fugaz, blanca estela
que la quilla levantó.

¡Vedle bogar! Mas ya arroja
el tardo remo, y, contento,
da la blanca lona al viento
porque desea volar.

¿Veis? Una ráfaga ruda
hace su lino jirones...

El soplo es de sus pasiones
que le impele a zozobrar.

Del lago de mi existencia,
la superficie tranquila,
surcaba yo, mi Lucila,
gondolero y trovador,
y en el cristal de las aguas

bella, pura y voluptuosa,
vi vuestra imagen hermosa
y sentí un mundo de amor.

Vos, de esas aguas ondina,
vos, de ese lago sirena,
al negro fondo de arena
podéis mi esquife llevar;
o reclinada en su borda,
y al vaivén del oleaje,
hacer un cielo del viaje
de quien iba a naufragar.

Cuando la luna derrame
su brillo pálido y vago,
yo ahogaré el rumor del lago
con barcarôlas de amor;
y al compás de mis canciones

cortaré el agua tranquila,
sindo así, de mi Lucila,
gondolero y trovador.

Cuando las brisas nocturnas
den impulso a nuestro leño,
y en brazos de un dulce sueño
cerréis los luceros vos,
yo, mi Lucila, hacia el cielo
alzaré los tristes ojos,
y diré puesto de hinojos:
—¡Dios nos proteja a los dos!

PLEGARIA

Del mundo, en el desierto,
he cruzado, Señor, yermas
llanuras;
y con el labio seco, el paso
incierto,
y de polvo cubierto,
por lecho sólo hallé las pie-
dras duras.

En mi viaje cansado
no besaron mi frente frescas
brisas:
soles abrasadores la han tos-
tado,

y en suelo de cenizas
mis huellas estampadas he
dejado.

Nunca lució, Dios mío,
a mis ojos, rosado un hori-
zonte;
siempre mi cielo me miró
sombrio,
como un fantasma el monte,
y como siempre enfurecido
el río.

No halagaron mi oído
con su armonioso canto, aves
parleras;
sólo con su fatídico graznido,
bandadas agoreras

por sobre mí pasando, le han
herido.

Ni praderas pintadas,
ni arroyos murmurantes, sal-
tadores,
ni selvas de tejidas enrama-
ni cármenes de flores, (das,
se ofrecieron jamás a mis
miradas.

Luce ahora a mis ojos
un esplendente, encantador
paisaje:

¡harto he andado ya por so-
bre abrojos!

¡Que no sea un miraje,
yo te pido, gran Dios, puesto
60 de hinojos!

J E S Ú S

I

¡Hijo del alma, Dios de tierra
y cielo!

Al hablarte, no noblo la rodilla
sobre el blando tapiz que cu-
bre el suelo

de los templos suntuosos, en
que brilla,

más que la antorcha de la fe
cristiana,

el indigno oropel, la pompa
vana,

A tu férvido culto no buscaste
altares de oro y jaspe: la doc-
trina
de amor y de perdón que pro-
pagaste,
llenando el orbe con tu luz
divina,
encontró una tribuna donde
quiera
que a tu paso hubo un hom-
bre que la oyera

Desde los verdes valles de Be-
lén
hasta la falda en que el Jor-
dán serpea,
desde Getsemani a Jerusalén,

y en toda la extensión de Gali-
lea,
en el llano, en el monte, en la
quebrada,
tu rodilla, Señor, está estam-
pada,

Hoy yo quiero doblarla, Jesús
mio,
alzando a Ti la miserable frente,
sobre la roca que horadó el
judío
para clavar en su furor demente
el leño desde el cual Tú mori-
bundo,
una herencia de amor dejaste
al mundo.

II

El pueblo de Israel ya no camina
al resplandor de la brillante
lumbre
con que doró la voluntad divina
del elevado Sinai la cumbre:
El hombre, del amor rompió
los lazos,
y el Decálogo santo hizo pe-
dazos.
La humanidad gentílica, car-
gada
del rudo peso de sus dioses
falsos,

camina entre tinieblas extra-
viada:

sus sangrientos altares son ca-
dalsos,

y el fatuo brillo de la luz pa-
gana

deslumbra y turba la concien-
cia humana:

¿Quién a tus pobres, tristes
criaturas

la venda arrancará, Dios de los
cielos?

¿Descenderá por fin de tus al-
turas,

de las nubes envuelto entre
los velos.

el que anunciaron tantas pro-
fecías?

¿Les enviarás, Señor, a tu Me-
sías?

Sí; le enviaste, gran Dios, mas
no velado

por los albos encajes de las
nubes,

ni en trono de oro y de zafir
sentado,

ni entre alados y cándidos
querubes,

Tú le hiciste nacer, Dios so-
berano,

bajo el techo de un mísero ar-
tesano.

¡Misterio augusto! ¡Manantial
sagrado
de religión sublime! ¡Qué doc-
trina
de perdurable amor nos ha en-
señado
con ese *fiat*, la bondad divina!
¡Bendito, Eterno Dios, sea tu
nombre!
¡El hombre vino a redimir al
hombre!

LA HERMANA DEL PESCADOR

I

Desciende el rey de la esfera
a hundirse en el occidente
y oscurece la pradera,
nube que asoma severa
alzándose en el oriente.

Sobre el perfil elevado
de una atrevida colina,
se dibuja pobre, aislado,
un casucho, cobijado
por las ramas de una encina.

Triste el balido se siente
de la extendida majada
que vuelve, tranquilamente
caminando al son doliente
de una pastoral tonada.

Triste, como hondo lamento
de un herido corazón,
trae en sus pliegues el viento,
de una campana el acento
que convida a la oración.

Como un fantasma sombrío
va alzándose la neblina,
y murmura ronco el río
que se mueve turbio y frío
al pie de aquella colina.

Ni una sola estrella ostenta
el encapotado cielo,
y sordo trueno revienta,
de una nube, cenicienta
tras el densísimo velo.

De secas, silvestres flores,
mueve el aire la hojarasca,
y los patos silbadores
van huyendo los rigores
de la próxima borrasca,

En aquel casucho aislado,
que mal cobija la encina,
el eslabón ha golpeado
el pedernal y ha brillado
esa luz que lo ilumina.

Una aldeana y un aldeano,
pastora ella, él pescador,
el uno del otro hermano,
se estrechan allí la mano
con dulce, fraterno amor,

Ella es hermosa: brillante
su hermosísimo cabello
negro, flexible, ondeante,
cae en raudal abundante
sobre el bien torneado cuello.

Blanca es su frente elevada,
negros sus rasgados ojos,
su mejilla sonrosada,
y una partida granada
semejan sus labios rojos.

Deja entrever, voluptuosas,
el mal ceñido corpiño,
túrgidas formas, hermosas,
cual dos puñados de rosas
sobre la piel de un armiño.

Su talle esbelto, gracioso,
es el talle de una palma,
su porte, gallardo, airoso,
pero un mirar doloroso
revela una pena en su alma.

Él, es el tipo acabado
del robusto pescador:
de ese ser infortunado,
de ese esquife abandonado
de la borrasca al rigor.

Su descuidado cabello
cae dando sombra a su frente,
sobre el descubierta cuello,
coloreado por el sello
de fuego, de un sol ardiente.

Si bien la melancolia
brilla pálida en sus ojos,
se ve en ellos la osadía
del que arrostra día a día,
del fiero mar los enojos.

No partas: quédate, Eudoro,
o no suelto yo tu mano:
¿Por qué, un poco de oro,
arriesgar todo un tesoro
como el de tu vida, hermano?

¿No miras por el oriente
la tempestad avanzar?
¿No escuchas cómo se siente
el movimiento bullente
de las espumas del mar?

Mira bien: cada vez más
la oscuridad se acrecienta.
No, hermano: tú no te vas;
Esta vez no arrostrarás
las furias de la tormenta—.

Y Celia repite a Eudoro
sin querer soltar su mano:
—¿Porqué por un poco de oro
arriesgar todo un tesoro
como el de tu vida, hermano?

—No, Celia: no des cabida
a tan pueriles temores
ya más, hermana querida,
tú sabes lo que es la vida
de los pobres pescadores.

No temas, querida hermana,
la tormenta pasará,
y al asomar la mañana,
pez plateado en tu ventana
el sol iluminará.

A más, en la isla quedó
secando la red, mi esposa;
no la deajo sola, no,
¡oh, muy bien conozco yo
a esa paloma miedosa!

Adios, hermana, en la orilla
mi barquichuelo me espera;
nada temas, pobrecilla;
yo cortarè con la quilla
las ondas de esa mar fiera.--

Asi dijo el pescador,
tomó su gorro y cuchillo,
y de su hermana el dolor
calmó, dándole de amor
fraterno beso sencillo.

Un grande mastin se alzó
de un ángulo de la estancia:
la mano a Celia lamió,
y tras Eudoro salió
marchando con arrogancia.

Díjole Eudoro:— *Tritón*,
esta noche, alma de fierro;
será tremendo el turbión:
¿Qué te dice el corazón?—
Y aulló tristemente el perro.

II

Celia ha cerrado su puerta:
va orar, dobla la rodilla,
pero un relámpago brilla
por la ventana entreabierta.

Va a cerrarla, mas su oído
percibe un rumor lejano,
y pone la blanca mano
sobre el pecho estremecido.

—¡Él es, Dios mío, Rolando!
¿Cómo viene con tal noche
en que las flores, su broche
cierran, de pavor temblando?

Él es, conozco el pisar
de su arrogante caballo,
que bajo el herrado callo
hace la tierra temblar.—

De otro relámpago el brillo
la figura distinguióse
de un caballero que apeóse
de un magnífico tordillo.

Celia corre hacia la puerta,
que abre a su amado Rolando,
quien viene agua destilando,
y quien trae la mano yerta.

El garboso caballero,
al penetrar en la estancia,
arroja con arrogancia
su ancha capa y su sombrero.

—¡Pobre mi amado Rolando!—
dice Celia,—espera, luego
tendrás encendido el fuego:
¡si estás de frío temblando!..

Pálida tu frente está,
tu cabello agua destila,
y en tu vivida pupila,
relumbra la fiebre ya.

—En verdad, traigo agitado
el corazón, vida mía,
pues quiere mi suerte impia
alejarme de tu lado.

Vengo esta noche un puñal
a clavar en tu alma bella!..

—¡Rolando!..—¡Todo se estrella
contra un destino fatal!

—¿Qué dices?

—¡Que hasta el infierno
contra mi está conspirando!

—¿A qué te obliga, Rolando?

—¡A darte un adiós eterno!..—

Celia cae como una muerta
junto a los pies de una silla,
y otro relámpago brilla
por la ventana entreabierta.

III

Eudoro entre sombras, apenas
camina,

pues sólo del rayo la luz ilumina
la senda tortuosa que lleva ha-
cia el mar.

Las nubes derraman copioso
torrente,

y, hendiendo el espacio, el
trueno se siente

con hondo bramido, tremendo
estallar.

El mar encrespado levanta, es-
pumantes,

montañas inmensas que caen,
retumbantes,
rugiendo cual ruge furioso el
león,
y Eudoro, a la orilla ya llega
cansado
de viaje tan rudo, llevando a
su lado
su fiel compañero, su bravo
Tritón.

El éter se enciende: gigante
meteoro,
El rayo semeja que alumbra
de Eudoro
la frente que el agua bañándo-
le va;

y al fúlgido lampo que irradiá
en el cielo
rasgando las sombras que en-
lutan el suelo,
se ve que de Eudoro la barca
no está.

El tronco en que a tierra su
dueño la atara, §
del mar un embate furioso
arrancara
robando a la orilla el leño sutil.
Eudoro, que es vano su inten-
to, comprende,
al mar da la espalda y animoso
emprende
de nuevo el camino con paso
febril.

Detiéndose el perro: de Eudoro
al vestido
se prende, lanzando fatídico
aullido
que apenas ahoga la voz del
turbión:

—¿Qué tienes mi perro? Cami-
na te digo;
¿Acaso no quieres venir ya
conmigo?—

Eudoro le dice al pobre Tritón,
Los lánguidos ojos el perro
levanta.

de su amo querido va y lame
la planta,
y al campo, de nuevo, se lan-
84 zan los dos.

El llano inundado y el áspero
cerro,
al fin atraviesan el amo y el
perro
marchando a la lumbre del ra-
yo de Dios.

IV

En sus brazos, Rolando
a su querida alzó, y al lecho
blando
con tan preciosa carga se en-
camina.

De Celia, se reanima
el descompuesto, pálido sem-
blante;

abre los ojos bellos: de su a-
mante,

en la faz alterada

detiene con ahinco la mirada,

y del pecho, oprimido,

exhala la infeliz hondo gemido.

—¡Horrible pesadilla!... ¡Negro
sueño!...

¡Ven, Rolando querido, ven mi
dueño!

(Exclama con el pecho palpi-
tante

y tendiendo los brazos a su
amante.)

No quiero más dormir: soñan-
do estaba

que de mí, para siempre, te
alejaba,
más que el rigor de un hado,
el poder del infierno conjurado.
Acércate, Rolando:
¿No me sientes, mi amor? Es-
toy temblando.

—Reclínate, reposa, Celia mía,
y al ánimo turbado
vuelva la paz: la tierna simpa-
el vínculo sagrado (tía,
que a tu alma, mi alma liga,
haciendo de mi vida un paraíso,
de mi estrella enemiga
la furia provocó, y hoy es pre-
romper tan tiernos lazos (ciso

y alejarme por siempre de tus
(brazos.

—¿Que profiere tu labio? ¿Des-
de cuándo

tu palabra amorosa y seductora
es un puñal agudo, mi Rolando?

¿Qué serpiente traidora
con tu mano introduces en mi
para que clave el diente (seno
en este pobre corazón que siente
los efectos activos del veneno?)

—Oye, Celia querida: la energía
de tu alma, reconcentra un só-
lo instante,

y de tu pobre amante
escucha la palabra o la agonía.

Mi padre, hoy, moribundo,
a mi filial cariño ha arrebatado
lo que antes, iracundo,
no arrancó de mi pecho rebe-
lado.

—¡Dios de mi santa madre!..

—Celia, escucha,
y tenga un fin tan desgarrante
lucha:

al mirar a mi padre, Celia
amada,

al dintel de la tumba en mí fi-
jando

la ya fría mirada,

diciéndome: «Rolando:

mis ojos a la luz cerrar no
quiero, 89

sin escuchar primero
que mi labio me jura,
al borde de mi abierta sepultura
y por la paz de mi alma, que
ya vuela,
el daño reparar que hiciste a
Estela. »

Temí su maldición y... ¡el labio
dijo

lo que decia el corazón del hijo!
Una hora después.,

—¡Rolando, acaba!..

—Mi destino ligaba,
de mi prima infelice con la
suerte,

en presencia de Dios y de la
90 muerte.

—¡De tu prima infelice!..
Y el corazón, Rolando, que te
dice,
y qué dice la voz de tu con-
ciencia,
de esta infeliz mujer en la pre-
sencia?

De esta infeliz, que... sábelo,
Rolando,
acércate y escúchame temblando
¡Yo soy madre también!..

—¡Tú también madre!

—¿Y de mi hijo ¡gran Dios!
dónde está el padre?—

Horrible imprecación, fiero ru-
gido,

que de un trueno acompaña el
estallido,
en tan solemne instante se es-
cuchó;
ábrese la ventana,
y, como fiera hircana,
Eudoro sobre entrambos se
lanzó.

.....

Retiembla el cielo: eléctrica ser-
piente
de las nubes desgarrá el negro
velo,
y su luz refulgente,
92

de la estancia de Celia sobre
el suelo,
alumbró dos cadáveres tendidos
y en funeral abrazo confundidos.



LUZ Y SOMBRA

Rojo el sol en el ocaso
sus resplandores hundía,
y la Sombra que venía
siguiendo a la Luz el paso:

Para Luz, y ven conmigo—
exclamó,—ven un momento,
que ha mucho el deseo siento
de conferenciar contigo.

—¿Sí? Pues que cese tu afán,
dijo la Luz a la Sombra —
y sea la verde alfombra
nuestro mullido diván —

Sombra y Luz se reclinaron
sobre una verde colina,
y hete aquí la vespertina
conversación que en!ablaron:

—Mira, Sombra, empieza ya
y trata de ser concisa
pensando que estoy deprisa
pues mi padre, el Sol, se va.

Ha mucho noto el desdén
con que la espalda me das.

—¿Y por qué vienes detrás?

—Veo que contestas bien.

Pero hazme la confesión
de que tu faz refulgente,
algo tiene de insolente...

—Aprensión, Sombra, apren-
(sión.

Haces muy mal en tomar
mi esplendor por insolencia,
que es la ley de mi existencia
brillar y siempre brillar.

Y mira, Sombra, lo siento,
hasta por la paz de tu alma,
que te arrebate la calma
envidioso sentimiento.

—¡Envidiarte yo!... ¿Y porqué?

—Y lo preguntas, cuitada?

—Tú no eres mejor en nada

—Que eres ciega, bien se ve

Yo soy la primer mirada

que el sol a la tierra envía,
y vengo trayendo el día
entre una nube rosada.

Del mar, en el horizonte
apenas voy ascendiendo,
y ya me están sonriendo
el agua, el llano y el monte.

Yo tiño de azul el cielo,
yo arrebolo los espacios,
yo recamo de topacios
de la blanca nube el velo.

De la mar, en las espumas
yo brillo a la madrugada,
como una pluma rosada
entre blanquísimas plumas.

Yo me sé descomponer
en mil variados colores,
que dan su tinte a las flores
y su brillo al rosicler.

Soy hermana del Calor
que fecunda a la Natura,
e hija del Sol que madura
la espiga del labrador.

Soy la antorcha sideral
que la Creación ilumina:
soy la sonrisa pristina
del mismo Dios inmortal.

—Con atención escuche
tu apología orgullosa;
ahora escucha, Luz hermosa,

también quien soy te diré.

Yo soy la viuda del Día
que, envuelta en mi negro velo,
voy derramando en el suelo
mi dulce melancolía.

Me dan por nombre «La No-
che»,

y a mi misterioso encanto,
abren las flores su broche
para perfumar mi manto.

Siempre la verde pradera
con amor me está llamando
y las brisas van jugando
con mi negra cabellera.

Y no de las flores bellas

el solo tributo tengo;
fíjate y verás que vengo
con mi diadema de estrellas.

A mis pies traigo la luna,
compañera del que vela,
y que en la piata riela
de la plácida laguna.

Del rayo del sol de estío
neutralizo los rigores,
regando frutos y flores
con suavisimo rocío.

El amor siempre halló en mí
amiga discreta y fiel,
y de sus horas de miel
muda confidente fui.

Siempre mi tupido manto
ha velado generoso,
del jornalero el reposo,
del que es infeliz, el llanto.

Traigo a todo corazón
religioso sentimiento,
pues que yo a mi paso siento
el rumor de la oración.—

Aquí la Sombra calló,
y su voz aun resonaba,
cuando la Luz que lloraba,
en sus brazos se arrojó.

Depuestos los negros celos,
Luz y Sombra se estrecharon,
y de hinojos adoraron

al monarca de los cielos.

Jurándose ante ese Dios
que, a la hora vespertina,
siempre al pie de esa colina
se abrazarían las dos.



A LA PATRIA

¡República Argentina, patria
amada!

Tu espléndida corona, mati-
zada

de gayas flores las naciones
ven:

la cariñosa mano de tus bar-
dos

puso rosas, jazmines, violas,
nardos,

entre los verdes lauros de
sien.

Yo no vengo a mezclar con
esas flores,

de olímpicos perfumes y co-
lores,
las silvestres y humildes que
aquí ves:
vengo, Patria gloriosa, sola-
mente,
a doblar la rodilla reverente,
y a deshojar las mías a tus
pies.



COLECCIÓN TRÉBOL

Biblioteca Poética Hispánicaamericana

Dirigida por PRIMITIVO GAYO

Publicados hasta octubre de 1944

- 1-Bécquer: Rimas
- 2-Silva: Poesías
- 3-Iriarte: Fábulas literarias
- 4-100 poesías de 100 autores
- 5-Calderón: La vida es sueño
- 6-Campo: Fausto
- 7-Echeverría: El Matadero
- 8-Campoamor: Pequeños poemas
- 9-Manrique: Poesías
- 10-Los mejores 150 sonetos
- 11-Bartrina: Poesías
- 12-Los mejores epigramas

- 13-Luis de León: **Poesías**
- 14-Lope de Vega; **Poesías**
- 15-Romancero del Cid
- 16-Góngora: **Poesías**
- 17-Carriego: **Misas herejes**
- 18-Espronceda: **Poesías**
- 19-Cien poesías españolas
- 20-Cien poesías argentinas
- 21-Bello: **Poesías**
- 22-Juana Inés de la Cruz: **Poesías**
- 23-Santillana: **Poesías**
- 24-Cervantes: **Poesías**
- 25-San Juan de la Cruz: **Poesías**
- 26-Castellanos: **El Temulento**
- 26-Acuña: **Poesías**
- 27-Peza: **Poesías**
- 29 Caro-Andrada-Rioja: **Poesías**

- 30-Castillejo: Poesías
- 31-Bcheverría: La Cautiva
- 32-Burlado de Mendoza: Poesías
- 33-Beruández: Martín Fierro (ida)
- 34-Hernández: Martín Fierro(vuelta)
- 35-Lope de Vega: Fuente Ovejuna
- 37-Alcázar-Herrera: Poesías
- 38 Jáuregui: Poesías
- 38-Gabriel y Galán: Poesías
- 39-Villegas: Poesías
- 40-Herrera y Reissig: Poesías
- 41-Almafuerte: Milongas clásicas
- 42-Quevedo: Romances
- 43-Andrade: Poesías
- 44-Rubén Darío:El poema del otoño
- 45-Cien poesías uruguayas
- 46-Andrade: Poemas

- 47-Campoamor: **Las Doloras**
- 48-Romancero del Amor
- 49-Gutiérrez Nájera: **Poesías**
- 50-Espronceda: **El estudiante de Salamanca**
- 51-Meléndez Valdés: **Poesías**
- 52-Garcilaso de la Vega: **Poesías**
- 53-Del Campo: **Poesías**
- 54-Campoamor: **Poemas (2ª serie)**
- 55-Poesías raras y curiosas

*Díjalos en las buenas librerías
o remita el importe a
Editorial A B C, Zelada 5366
Buenos Aires*

Ortografía

de la
lengua

Española

por Primitivo Gayo

UN METODO ORIGINAL, SENCILLO Y COMPLETO. INDISPENSABLE PARA EL MAESTRO, EL ESTUDIANTE, EL PROFESIONAL Y TODA PERSONA QUE DESEE VIGILAR LA CORRECCION DE SU LENGUAJE O ESCRITOS.

1 vol. bien impreso, papel safinado,
144 páginas, formato 12x16 \$ 0.80
EN LAS BUENAS LIBRERIAS

OTRAS EDICIONES:

MARTIN FIERRO, de **Hernández**.—Edición completa, formato de bolsillo, 6½x12, encuadernada en chagrín: \$ 0.50

Pequeños poemas, de **Campoamor**.—Igual que el anterior. Contiene: El tren expreso, La novia y el nido, Los grandes problemas, Dulces cadenas, Historia de muchas cartas, El 5º no matar, La calumnia..... \$ 0.50

MARTIN FIERRO, de **Hernández**. - Edición completa y económica, en rústica .. \$ 0.30

